

Trayectoria de un hombre y de su vida

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

Una fecha que está impresa en las páginas de la historia, que se recuerda por las inteligencias que las protagonizaron y que se evoca con patriótica periodicidad en cualquier parte del hemisferio americano, por su importancia y por una especie de jerarquía cronológica, es la del 24 de julio de 1783. Y, también, por las mismas razones ilustres que la destacan, es el sitio, el lugar privilegiado, la zona que sirvió para que emergiera colmada de títulos nobiliarios la figura más tarde prócera de Simón Bolívar.

El Nuevo Mundo se debatía en aquella época entre el estancamiento social y político. Más que estancamiento, el organismo americano se encontraba disgregado por los elementos perturbadores de una atmósfera densa, oscura y corrompida. El ámbito carecía de equilibrio, de orden, de armonía y de seguridad. Se requería la presencia del hombre directivo, que emprendiera la tarea de construir un mundo sólido, reuniendo los diversos factores del engranaje político. Pero de un hombre de capacidad sobresaliente, de vigorosos impulsos interiores que le abrieran la brecha a sus decisiones en el cam-

po de la inteligencia y de sus acciones ejecutivas. Ese hombre era Simón Bolívar, apto para las grandes empresas del porvenir, listo en el escenario y armado de los mejores atributos humanos. Su genio resultaba superior. El destino predecía todo en su estampa de visionario, con la extraordinaria inteligencia de que aparecía dotado.

La fisonomía colonial era opuesta a la presencia del conductor. Frente a quien se erigía en caudillo de la tarea libertaria tenía que surgir el concepto tradicional de fuerzas recónditas empeñadas en conservar y mantener los privilegios de la reacción, representada por la resistencia inevitable de los interesados en disfrutar de su posición de amos y usufructuarios de la situación reinante. El choque era inevitable entre la vigorosa personalidad del futuro Libertador y las ventajas y beneficios creados por los señores del régimen colonial. El conflicto se fue desarrollando cautelosamente, la oposición se configuraba y preparaba para hacerle obstrucción al ansia de independencia y de libertad, y el convulso movimiento de la agitación y la revuelta comenzaba a reflejarse en crisis periódicas que tomaban el

rumbo peligroso de las tormentas desencadenadas como arbitraria emergencia.

El ambiente era típicamente colonial. Allí se trabó la lucha inicial, con ademanes violentos, actitudes contrarias a las normas de la caridad y del cristianismo y se fue conformando el horror de la tragedia que ensangrentaba el paisaje. El combate se hacía más pesado, con fusiles y pólvora, y el humo subía de las materias inflamables utilizadas para amedrentar a los grupos contendientes que se encontraban en armas, iluminados por la preocupación de convicciones opuestas.

El drama americano se abría paso. Ricaurte, un joven erguido, con la heroica predestinación de su vida, del martirio a que llegó, dispersados sus miembros, quemados, ennegrecidos, mutilados, convertido en polvo y en ceniza que abrió pródigamente las rutas del oprimido pueblo americano. Y Girardot, Atanasio Girardot, llorado por todos cuando señalaba a sus soldados el Bárbula. Aquí cayó, tirado sobre la tierra fecundada por su propia sangre. También joven, en el renacer de sus primeros amores, con la mística de los grandes en momentos de peligro.

El vivac de la campaña tenía preludios inciertos. Generales, sacerdotes, capitalistas, hombres de trabajo, mujeres que sobresalían por sus inquietudes humanas, niños y adolescentes, formaban y se alistaban a incorporarse en los cuadros patriotas que más tarde darían al suelo americano el resplandor de la victoria. En ese medio, en donde alternaban el triunfo y la derrota, estaba Bolívar, en cimera posición de combatiente. Su inteli-

gencia era el faro que guiaba las hazañas de la contienda y trazaba el destino de los pueblos sojuzgados.

Cuando culminaban las gestas libertadoras y comenzaba a sentirse el eco jubiloso de los patriotas, Bolívar no era más que un escombros humano, enfermo, quebrantado por tanta fatiga, destrozado interiormente por el doloroso linderos a donde llegaba a desintegrarse biológicamente. Era que su inteligencia había recorrido la plenitud de una vida, congestionada de problemas militares, legislativos, administrativos, en los que el pensamiento vigoroso del Libertador tuvo que desenvolverse al máximo. Y llegaba también decepcionado del mundo y de las gentes, colmado de injurias contra su nombre, traicionado muchas veces por sus propios protegidos y amigos. La tragedia inexorable de la muerte, en el instante mismo en que le llegó, no perturbó su equilibrio intelectual, ni permitió que del atormentado corazón brotaran manifestaciones de resentimiento o de amargura.

Hechos destacados de Simón Bolívar abundan en la histórica trayectoria que vivió impulsado por el heroísmo. En 1819 sometió al Congreso de Angostura el célebre proyecto de Constitución en el que propugnaba por un tipo de gobierno fuerte, casi autoritario, que refrenara los desmanes de una democracia mal entendida. Algo así como la Inglaterra de entonces, cuyo gobierno respaldado por un Senado hereditario pero sometido al imperio de las normas legales fuera el ámbito de la libertad con todos los atributos del talento, del carácter y de la prevalencia de las más altas y nobles virtudes cívicas. No se entendió lo que el Libertador

perseguía, y fue por eso por lo que se le dificultó la realización de sus propósitos, tan convenientes en los tormentosos y agitados episodios de aquella época de la incipiente vida republicana.

Cuando en 1821 alzó su voz, nuevamente, en el Congreso de Cúcuta, otra vez se le desatendió, y a los pocos días se complicaron los acontecimientos ya conocidos, por la envidia y pequeñez de quienes no facilitaron la adopción y vigencia de ideas fundadas en el realismo político de Bolívar. Y mientras este disfrutaba de la gloria ya legítimamente conquistada, en medio del desencanto que le producía la inconsecuencia de sus mejores amigos, se suscitó la alteración de los principios, de las normas ya impuestas, de los ajustes que habían podido cimentarse entre el temor y la desconfianza de gentes que aún vacilaban a pesar de los peligros.

Bolívar seguía el ascenso y crecimiento de su carrera. En Potosí fundaba una nueva república y elaboraba sus fundamentos jurídicos e institucionales para la unión de Colombia, Bolivia y el Perú, y trataba de congregar el célebre Congreso Anfictiónico de Panamá, creando así los basamentos lógicos de la política panamericana. Mientras todo eso sucedía, Valencia se insubordinaba y en el Oriente de la República surgía el quebrantamiento de la legalidad amenazando la estructura del régimen en Colombia.

La autoridad se desquiciaba, los privilegios doctrinarios se hacían deleznable, el caos y la desconfianza amenazaban con sumergir en la anarquía el esfuerzo de los próceres que habían luchado heróica-

mente. Pero Bolívar avanza sobre Guayaquil a sujetar a los perturbadores, luego sigue a Venezuela, en donde los recelos, las discordias y el encono de los partidos y fracciones desajustaban el orden constitucional. En 1827, a través de la persuasión y de su pródigo influjo, restablece el imperio de la paz en Colombia, resentida, descontrolada y herida. Restaurada la autoridad que es la base de la civilización de los pueblos, todo queda supeditado al genio fulgurante del Libertador.

Mas todavía quedaba mucho que hacer. Desde etapa muy anterior a la Convención de Ocaña la energía implacable de Bolívar se pone en función. Lucha contra las pasiones desenfrenadas, morigera la animosidad de sus enemigos, trata de evitar los desafueros contra la prensa, la indisciplina y el odio feroz que se apodera contra su nombre. Violada la Constitución, disuelta la Convención que nada favorable hizo a los intereses de Colombia, la totalidad de las esperanzas convergían entonces hacia el propio Bolívar como tabla de salvación. Asume inmediatamente la dirección y responsabilidad que exigían momentos tan calamitosos.

Aquí Bolívar desplegó sus ansias dictatoriales, con magnánima liberalidad, y convocó la representación nacional, otra vez, para el año de 1830. Pero antes de esta fecha sucedió el hecho que dejó malferido al Padre de la Patria: la conspiración inicua, con todas sus tremendas consecuencias. Bolívar no pudo olvidar ese 25 de septiembre de 1828. Sufrió una natural alteración de sus resortes morales y psicológicos, quedó como en el vacío, pensando ya para siempre en la ingratitude humana. Su claridad in-

telectual trató de oscurecerse por el trágico recuerdo de aquella noche ominosa.

Neutralizada la contienda bélica que en Popayán había estallado y que culminó en el Perú, se reunió el Congreso Constituyente. Pero Bolívar en su desencanto ya no tenía fuerzas ni ánimo para afrontar la situación. Pensó en que su intervención era peligrosa e inconveniente y se mantuvo distanciado de cualquier determinación suya. Se separó de la autoridad que aún ejercía, a tiempo que avanzaba progresivamente la insurgencia de Venezuela. Así, entre los factores que disgregaban la jerarquía de la organización política, Bolívar no quiso volver a ser actor de los terribles acontecimientos que siguieron.

Confuso, desilusionado, entristecido viajó a Cartagena. Su rumbo inicial era Inglaterra, haciendo abstracción del mundo americano que lo había proscrito. En Santa

Marta, a instancias de los patriotas que lo admiraban, resolvió quedarse, presintiendo los duros y amargos aletazos de la muerte. Porque su precaria salud se iba haciendo más frágil. Herido profundamente por las decisiones que adoptó el Congreso de Venezuela, el 17 de diciembre de 1830 entregó su existencia corporal en Santa Marta. Antes, ya en los momentos posteriores de su agonía reveló la nobleza de su espíritu atormentado, la grandeza de su corazón y los altos quilates de su brillante inteligencia.

Dijo que había arado en el mar y edificado en el viento. Fue el juicio que emitió adivinando el futuro de los pueblos que libertó y fundó, de la tierra americana que sirvió de escenario grandioso a sus proezas de guerrero y estadista. Todavía resuenan aquellas palabras del grande hombre, porque estos pueblos no han encontrado la ruta de su destino histórico.